

CATEQUESIS 10



***¡EL DON DEL ESPÍRITU Y
LA VIDA NUEVA EN CRISTO***



Proceso Evangelizador de la Arquidiócesis de Nueva Pamplona

Saludo: Hermanos al recibir el anuncio del día de hoy estamos llamados a revivir nuestro bautismo, a configurarnos con Cristo y amar cada vez más a nuestros hermanos, especialmente a los pobres. Participemos activamente y estemos atentos a los signos que se nos proponen para comprender mejor y recordar el anuncio

Acogida - Signo e interacción: Disposición humana para el tema.

Preparación: Para ayudar a la comprensión de cada parte del anuncio vamos a tener tres signos: Vestidura bautismal, imagen de un santo, canasta con panes.

Nota: cada parte con su signo será presentado por un misionero en forma de proclamación y con la debida metodología teniendo cuidado de administrar bien el tiempo y mantenerse en la temática.

PRIMERA PARTE: LLAMADA

1. ANUNCIO - El don del Espíritu y la vida nueva en Cristo

Animador: Hermanos vamos a recibir este anuncio en tres momentos especiales y con tres signos que nos ayudaran a comprender y recordar mejor la grandeza de nuestro bautismo, el significado de la vida en Cristo y la buena noticia de los pobres

2. ENSEÑANZA DE LOS APÓSTOLES (IGLESIA)

- La magnífica noticia del Bautismo que nos injerta en Cristo

Señor Jesús, después de resucitar de entre los muertos se presentó durante cuarenta días a los Apóstoles que había elegido, dándoles muchas pruebas de su resurrección, para resolver sus interrogantes y para darles instrucciones acerca de lo que debía seguir (cf. Hch 1, 2-4). El día de la Ascensión, fijado por la Sabiduría de Dios para dar por concluido el tiempo de las apariciones, antes de ser elevado al cielo en presencia de ellos (Hch 1,9), les encargó Vayan por todo el mundo y proclamen la Buena Noticia a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará (Mc 16, 15-16) De esta manera, el que crea, es decir, el que hubiera aceptado el Evangelio inicialmente, debía ser adecuadamente educado y constituirse en discípulo por el Bautismo.



Vayan, pues, y hagan discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo les he mandado. (Mateo 28. 19-20).



El Bautismo sustituye las señales antiguas de pertenencia al Pueblo de Dios (Col 2,11-12) y da la pertenencia al definitivo y verdadero Pueblo de Dios, que es la Iglesia (Rom 9,26). En cuanto a la Alianza nueva y eterna (Os 2,20-25) el sello bautismal se inscribe en los corazones de carne (no en tablas de piedra) y conduce eficazmente al conocimiento íntimo y afectuoso de Dios y de sus dones (Jer 31,31-34) porque nos hace hijos en el Hijo. Él es Hijo por naturaleza, nosotros somos hechos hijos por adopción o por participación en la condición filial del Hijo eterno (Gal 4.4-5).

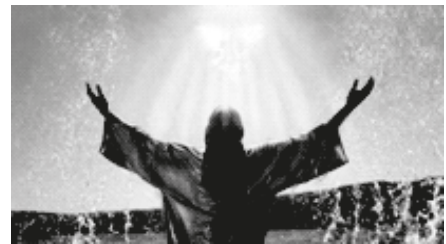
El Bautismo nos injerta en Cristo (Rom 11,17.19.23 24) como se injerta una ramita desgajada de un árbol a otro para que viva y para que produzca fruto. La condición de la ramita es tal que solo gracias al nuevo tronco y a su savia puede vivir y producir fruto. Esta imagen enriquece mucho nuestra comprensión del misterio del Bautismo porque nos ayuda a entender que el bautizado vive de Cristo, con su misma vida, y se nutre de la misma savia que alimenta todo el árbol; más aún, que el creyente goza de la fecundidad misma de Cristo y que sus frutos son de Cristo. Y que, por lo tanto, todo el honor y toda la gloria corresponden al Señor, de quien son la vida, el alimento y los frutos.

El Bautismo nos marca interiormente como hijos de Dios y miembros de la Iglesia con un sello indeleble (Ef 1,13; 2Cor 1,21-22). Ese sello y su marca característica son del Espíritu Santo quien, así, nos imprime un carácter de cristianos.

La espléndida noticia consiste en que el Señor ha querido dar una enorme eficacia sobrenatural al Bautismo que, por el poder de su muerte y de su resurrección, obrando en lo más profundo de nuestro ser por el Espíritu Santo que se nos da, nos hace nuevas creaturas, nos reviste de Cristo, cancela nuestro pecado y nos da una vida nueva.

- *Una nueva vida en Cristo y como Cristo*

Con absoluta certeza, entonces, podemos asegurar que, por el Bautismo que recibimos, el Señor nos ha hecho miembros de su familia y nos ha llamado a vivir como hijos suyos. Toda la novedad del Bautismo de Jesús viene de la Pascua. En efecto, así como Cristo fue sumergido en el dolor de pasión, muerte y sepultura, así se nos sumerge a nosotros en los frutos de ese dolorosísimo sacrificio; y así como Cristo, habiendo amado a los suyos los amó hasta el extremo (In 13.1) y resucitó glorioso, así somos salvados nosotros, por la victoria de Cristo sobre la muerte, del pecado y de sus efectos, que son el mal y la misma muerte.

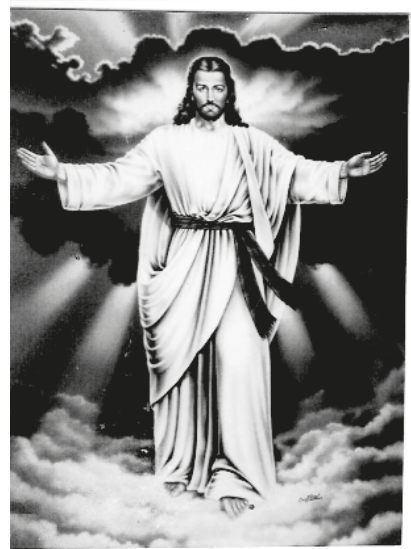


¿Es que no saben que cuando fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Por el Bautismo fuimos sepultados con El en la muerte, para que, de la misma manera como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva (Romanos 6.3-4).

Esa novedad de vida es fruto, no de la imitación externa de un modelo que nuestra voluntad quisiera copiar, sino de una identificación existencial con Cristo, el Hijo encarnado, que, muriendo nuestra muerte, dio muerte a la muerte y a las obras que a ella conducían:

Porque si nos hemos hecho una misma cosa con Él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante; sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con Él, a fin de que fuera destruido este cuerpo de pecado y dejáramos de ser esclavos del pecado (Romanos 6,5-6).

Adheridos al Señor Jesús, como las ramitas al árbol (Jn 15,1-8), como los miembros al cuerpo (Cor 12, 12-30), con fe verdadera, siendo conscientes de la necesidad de responderle con nuestra sincera conversión y caminando por el sendero del conocimiento de su Palabra, experimentamos que nuestra existencia realmente se renueva, por pura gracia, y que puede conducirse por senderos de felicidad y de paz. Estar en Cristo, permanecer en Él (Jn 6,56;8.31) y vivir de Él (Rom 6,11; Fip 1,21), es lo que nos constituye en nuevas creaturas. La Palabra de Dios nos lo dice con expresiones tan claras como estas:



Cristo murió por todos para que los que viven ya no vivan para si sino para Él, que murió y resucitó por ellos. Por tanto, el que está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo (2 Cor 5, 15- 17). Ver además (2 Pe 3. 13; Ap 21, 15).

Cuando el Apóstol afirma que "lo viejo ha pasado se refiere a ese estado en el cual nos encontramos cuando nuestro querer no concuerda con el de Dios y cuando hasta sentimos que somos libres y dichosos al margen de lo que ordenan los mandamientos y la Palabra de Dios. Viejas son las cosas que ya sabemos que ofenden a Dios. ¿Cómo no llamar anticuado y pasado de moda a todo lo que nos enferma y nos complica la existencia: las iras y los rencores, la infidelidad y la doble moral, las depresiones y las adicciones?, ¿los egoísmos y los apegos a lo que no es de Dios? En cambio, cuando conducimos nuestra existencia con la fe en Cristo y en el amor a Dios, los criterios del mundo ya no son los que orientan nuestra vida. La renuncia al pecado, y a todo lo que conduce a él, es la decisión radical que nos lleva a vivir como personas nuevas. Ya no nos buscamos a nosotros mismos, ya no planeamos nuestra vida y nuestras decisiones al margen de la voluntad divina, ya no somos mujeres y hombres llevados ciegamente por las pasiones de una vida desordenada, sino que buscamos en todo momento la Gloria de Dios, y en ella encontramos nuestra verdadera felicidad y realización.

Así lo indica San Pablo:

Despójense del hombre viejo y de su anterior modo de vida, corrompido por sus apetencias seductoras; renuévense en la mente y en el Espíritu y revístanse de la nueva condición humana creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas. (Efesios 4,22-24)



Dios Padre, lleno del amor y de misericordia nos invita a que realicemos esta novedad en nuestra vida y nos brinda el auxilio del Espíritu Santo que sostiene toda su obra, la fortalece y jamás deja que se corra con el desánimo y la monotonía. El don del Espíritu es la fuente interior de donde dimana la fuerza que se necesitó para vivir esta vida nueva. Él imprime un estilo generoso, alegre y orante a nuestro modo de ser y de relacionarnos con los demás. Pues la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha librado de la ley del pecado y de la muerte (Romanos 8 12). Si vivimos por el Espíritu, marchemos tras el Espíritu (Gálatas 5,25). Este estilo de vida nos permite permanecer en las sendas trazadas por el Señor. Mientras el mundo ofrece una avalancha de propuestas que destilan consumismo, egoísmo y materialismo, nuestra vida renovada en Cristo y animada por el Espíritu Santo florece y es cada vez más fecunda en las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad. Gracias a estas virtudes, que anidan en el alma y la transforman por el poder del Espíritu, por la fe nuestro conocimiento recibe una fuerza (es decir, una "virtud") que lo capacita para entender las cosas como Dios las entiende y como Él nos las revela; por la esperanza se refuerzan principalmente nuestra memoria y nuestra voluntad para que podamos perseverar hasta el fin y para que abriguemos la certeza del cumplimiento de las promesas que Dios nos ha hecho; y con la fuerza o por la virtud de la caridad amamos nada menos que con el amor de Dios, de tal manera que en cada acto de amor verdadero entre nosotros se intercambia y transparenta el amor divino.

- *El "evangelio" de los pobres*

El amor de Dios es la fuente y la recompensa final de todos nuestros esfuerzos por perseverar en la nueva vida que Cristo nos alcanzó. El cristiano no es un idealista sino un testigo del amor con el que Dios ha amado a toda la humanidad. Por eso, la mejor manera de responder a Dios que nos busca con tanto amor y el mejor trabajo para llegar a gozar eternamente del amor de Dios es la caridad que podemos ofrecer a nuestros hermanos y que nos hace ser como Él porque Dios es amor" (1Jn 4.8.16).



Si alguno dice: «Amo a Dios», y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. Y hemos recibido de Él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano (1 Juan 4,20).

Dar testimonio del amor de Dios en el mundo es una tarea inaplazable para quien vive la nueva existencia que nos trajo el Señor. Quien ama a Dios de verdad se siente impulsado, desde dentro, desde arriba, a comunicar ese amor a todos los que viven sin experimentarlo.

Y siente compasión por los que Dios se compadece. Y comprende, igualmente desde dentro y desde arriba, que Dios tiene siempre sus ojos puestos sobre aquellos que el mundo olvida o desprecia. Y por eso mismo se esfuerza por hacer la obra de Dios en la caridad. Esta es la prueba de que nuestra fe es realmente viva y plena (St 2, 14-18).

Hay una alegría especial que experimentan sólo los que comienzan a comprender estas cosas. Es la dicha de compartir los bienes como Dios distribuye sus bendiciones, es decir, sin miramientos y sin excepciones (Mt 5.45. Lc 6,35).



Si la misericordia de Dios alcanza hasta para mí, mi corazón tiene que abrirse sin límites, con una apertura que quiere ser reflejo de la de Dios mismo. Y el corazón recupera entonces su resplandor original, se lava profundamente de sus egoísmos que encarcelan, se libera de las ataduras de lo pasajero y se alegra realmente en el descubrimiento del milagro del otro, que me deja ver a Dios en sí mismo, que me permite servir a Jesús sirviéndole a él.

En este sentido no hay riesgo de equivocarnos, porque Jesús anunció que sería a Él a quien daríamos de comer o de beber en los más pobres, a quien vestiríamos o acogeríamos en los que de todo carecen, a quien visitaríamos y asistiríamos en sus necesidades cuando lo hiciéramos con los que viven situaciones extremas de penuria o se sienten al extremo de sus fuerzas. Y enseñó con inusitada claridad: Les aseguro que cuanto hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron (Mateo 25,40).

Si nos tomamos en serio estas palabras del Señor y meditamos sus alcances, entenderemos por qué los pobres son otra dimensión de la magnífica noticia que Dios quiere que recibamos. En ellos realmente podemos encontrar al Señor. Pero, al ir a ellos, saliendo de nosotros mismos, aprendemos lo que es la única verdad sobre el ser humano. Al dar, nos damos; al pensar en el otro, sanamos; al dejar que nuestro corazón se enterezca o se compadezca de la necesidad ajena, entramos en nuevas relaciones de afecto.

Queridos hermanos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud (1 Juan 4, 11-12). ¡Qué privilegio poder servir a los pobres! ¡Qué grandeza la que Dios les ha dado! ¡Qué nobleza la de aquellos que no ostentan títulos ni apellidos, pero reflejan al Hijo de Dios encarnado! Dios nos conceda vivir en permanente solidaridad y, con el tiempo, descubrir todas las dimensiones del dar con generosidad, sin medida, con la abundancia con que Dios da:

Sean misericordiosos como su Padre es misericordioso... Den y se les dará: una medida buena, apretada, remecida, rebosante pondrán en sus vestidos. Porque se les medirá a ustedes con la medida con que ustedes midan (Lucas 6,36.38).

SEGUNDA PARTE: RESPUESTA

1. La palabra resuena - ecos del anuncio - trabajo personal.

El trabajo personal que sigue a este anuncio es la acogida del mismo. Cada uno de los participantes trabaja en silencio durante un tiempo más o menos prolongado, tratando de "desempacar" los dos maravillosos regalos que quizá nunca he contemplado detenidamente: el Bautismo y la vida nueva que le sigue.



Se puede repasar, con acciones de gracias y formulación de propósitos, la grandeza del Sacramento que nos sumerge en la muerte de Cristo y nos comunica interiormente su salvación, nos limpia de pecados y de inclinaciones egoístas y nos pone en vida nueva por la resurrección de Cristo. Se puede tratar de ver detenidamente como era nuestro hombre viejo y cómo es y cómo debe ser nuestro "hombre nuevo", en Cristo. Terminar el ejercicio formulando un propósito muy sereno y muy serio de invertir todo lo que esté a nuestro alcance en la adecuación de nuestro ser al querer de Dios, vivir el Bautismo como el regalo más grande que se puede recibir en la vida y expresar esta gracia en un amor efectivo y afectivo por los pobres y por los que sufren.

2. La palabra se comparte - dialoguemos

Resolver, después, en grupo, las siguientes preguntas:

¿Qué es el Bautismo y por qué se dice que es el regalo más grande que podemos recibir en esta tierra?

Señalar grupalmente las dimensiones de una verdadera novedad de vida, cuya fuente sea la fe y el Bautismo recibidos por gracia, no por nuestros méritos, sino porque Dios nos ha amado primero. No es necesario ser exhaustivos. El camino que estamos iniciando nos completará el cuadro que hoy comenzamos.

¿Cómo nos podemos ayudar unos a otros para tener efectivamente amor sensible por los pobres, los enfermos y los presos, los que sufren de cualquier manera y los que viven solos?

Confesar con convicción sincera que tengo fe porque Dios me la ha dado, que vivo y quiero vivir toda mi vida en Dios y que he sido injertado en Cristo por mi Bautismo.

3. La palabra en la Iglesia - confesión de fe.

"María dijo entonces: Proclama mi alma la grandeza del Señor, y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador, porque se fijó en su humilde esclava, y desde ahora todas las generaciones me dirán feliz (Lucas 1, 46-47).

Ustedes son la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Ustedes son la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celmín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre toda la casa. Brille así la luz de ustedes ante los hombres, para que vean sus buenas obras y den gloria a su Padre que está en los cielos (Mateo 5,13-16).

"Cuando des un banquete, invita más bien a los pobres, a los inválidos, a los cojos y a los ciegos. ¡Qué suerte para ti, si ellos no pueden compensarte! Pues tu recompensa la recibirás en la resurrección de los justos." (Lucas 14, 13-14). "Se les pidió despojarse del hombre viejo al que sus pasiones van destruyendo, pues así fue su conducta anterior. y renovarse por el espíritu desde dentro. Revístanse, pues, del hombre nuevo, el hombre según Dios que él crea en la verdadera justicia y santidad." (Efesios 4,22-24). "He sido crucificado con Cristo, y ahora no vivo yo,



es Cristo quien vive en mí. Todo lo que vivo en lo humano lo vivo con la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí." (Gálatas 2,19-20). "En el bautismo nos revestimos de Cristo; Él nos da sus vestidos, que no son algo externo. Significa que entramos en una comunión existencial con Él, que su ser y el nuestro confluyen, se compenetran mutuamente" (Papa Benedicto XVI).

La Iglesia, estando cercana a los pobres, se reconoce como un pueblo extendido entre tantas naciones cuya vocación es la de no permitir que nadie se sienta extraño o excluido, porque implica a todos en un camino común de salvación. La condición de los pobres obliga a no distanciarse de ninguna manera del Cuerpo del Señor que sufre en ellos. Más bien, estamos llamados a tocar su carne para comprometernos en primera persona en un servicio que constituye auténtica evangelización. La promoción de los pobres, también en lo social, no es un compromiso externo al anuncio del Evangelio, por el contrario, pone de manifiesto el realismo de la fe cristiana y su validez histórica". (Papa Francisco).

Preparemos bien, por medio de la catequesis, como padres y padrinos el bautismo de los niños. Demos testimonio de fe a los ahijados y no abandonemos el compromiso adquirido de ayudar a educar en la fe. Fortalezcamos la Pastoral Social de la Parroquia para acercarnos a los hermanos más necesitados y poderlos ayudar. Leamos, meditemos y oremos con la Sagrada Escritura para conocer más a Nuestro Señor Jesucristo.

4. Comunión y misión - compromisos.

- Destinar los primeros minutos de cada mañana a una oración de acción de gracias por los regalos incomparablemente bellos de la fe y del Bautismo, explorando cada día nuevos motivos para estar agradecidos.
- Durante la semana haré una obra de caridad, no necesariamente con dinero, que me exija compartir afecto con una persona muy pobre o muy llena de sufrimientos.

Oración final:

Señor que la gracia del Bautismo fructifique nuestro camino de santidad. Que todo esté abierto a Ti y para ello optemos siempre por tu vida; que te elijamos una y otra vez. Que no nos desalentemos porque tenemos la fuerza del Espíritu Santo para alcanzar la santidad en nuestra vida. Amén.

